



MADAGASCAR.—IGLESIA DE AMBATOLAMPY.—Reproducción directa de fotografía

CARTAS DE MISIONEROS

UNA EXCURSIÓN POR LA MISIÓN DE COREA

Tiempo ha que no habíamos hablado de esta hermosa Misión, cada día más próspera bajo la discreta y prudente administración del Ilmo. Sr. Mutel, últimamente regresado á Europa por algunos días. Tenemos la completa seguridad de que la siguiente carta, que nos llega de aquellas lejanas tierras, será leída con verdadero interés, pues en ella un joven misionero bretón nos cuenta las peripecias de su primera excursión apostólica.

CARTA DEL RDO. P. HIPÓLITO SAUCET, DE LAS MISIONES
EXTRANJERAS DE PARÍS

EN Abril de 1907, el Ilmo. Sr. Mutel me envió á Tchilkok-Kasil, Misión que contará unos 1,200 cristianos, distribuidos en 30 pueblos. En esta Misión hallé dos casas coreanas, las cuales sirven de capilla, y una tercera que hace las veces de casa parroquial. «Muy reducida es, me dije; en Europa la diríamos caverna.» En efecto, mi habitación, á pesar de comprender dos piezas, apenas mide 10 metros cuadrados. No es grande ni lujosa; por ahí se empieza.

Para dirigir mi rebaño me apresuré á aprender la lengua coreana, que dista mucho de estar exenta de dificultades. En otoño, aunque poco familiarizado con ella, quise visitar mi distrito, que tiene unas 28 leguas de largo.

Todo principiante tiene necesidad de guía: mi venerable vecino, el Rdo. P. Robert, se dignó dirigir mis primeros pasos. Ya en otras circunstancias había tenido ocasión de apreciar los buenos servicios de este bondadoso Padre. Desdichadamente no pude disfrutar mucho tiempo de tan precioso concurso; el Padre fué pron-

AÑO XVI.—Núm. 310

to llamado á su pueblo, donde había dejado numerosos enfermos. Me vi, pues, precisado á continuar solo.

En Corea no cabe por ahora pensar en medios rápidos de comunicación. No hay otros caminos ni carreteras que estrechos senderos abiertos entre los arrozales y á través de las montañas. Todos los transportes se hacen al lomo de bueyes. Grandes son, pues, las dificultades que se oponen á los largos viajes. Pero la buena acogida que se me dispensaba en todas partes, me hacía olvidar las fatigas y penalidades del viaje. Mis cristianos no habían visto misionero desde hacía un año; tan contentos estaban ellos de verme como yo de visitarles.

A mi llegada á cada cristiandad, los delegados de la misma salían á recibirme. A la entrada del pueblo me aguardaban los neófitos en traje de fiesta. Y me acompañaban hasta la casa que me estaba destinada para el tiempo de la administración. Los paganos se mostraban benévolos y se agrupaban á mi alrededor. Varias veces me vi obligado á echarles de casa, porque todo lo invadían y no me dejaban en paz. Los coreanos son de natural bueno, dulce y afable, y hacen concebir halagüeñas esperanzas.

Mis cristianos son muy piadosos y tienen profunda fe. Yo he gozado la dicha de bautizar á más de 60 adultos.

En mis largas peregrinaciones á través del distrito he experimentado verdaderas alegrías y dulces consuelos: no por esto ha sido todo dicha y felicidad. Tam-

31 DE MAYO DE 1908

bién he debido sufrir dolorosas pruebas. Quiero relataros una, la del peligroso encuentro que sufrí el 25 de Noviembre.

Dicho día, á eso de las nueve de la mañana, salía de una cristiandad para ir á visitar otra, que distaría seis ó siete leguas. Algunos cristianos me precedían con los equipajes. No había andado 300 metros, cuando les vi retroceder.

—Hemos sido detenidos, me dijeron, por una partida de ladrones, armados de fusiles, revólvers y sables. Han huído á vuestra proximidad; pero volverán y amenazaron matarnos.

En efecto, minutos después los bandidos aparecen en la cumbre de una colina, y nos amenazan diciendo: «¡Si no soltáis los equipajes os matamos!» Algunos más decididos gritan: «¡Pontchyera, pontchyera! (¡fuego! ¡fuego!)» y uniendo las obras á las palabras, nos encaran los fusiles y disparan.

Con mi diminuto fusil de caza nada podía contra ellos. Di orden de emprender la retirada; pero á los pocos minutos los bandidos nos rodearon. Mis acompañantes tiran los paquetes y echan á correr hacia el pueblo. Quedé solo. Los bandidos me perseguían á tiros. Exasperado contesto con un disparo, que afortunadamente no hace blanco. Me preparo, pues, á toda eventualidad, abandonándome á la voluntad de Dios. Los bandidos fueron acercándose hasta que sólo distaban de mí unos cuarenta metros.

Me detuve y les hice frente, creyendo que dejarían de disparar. Pero no fué así. De pronto un proyectil me hiere en la espalda, otro me roza la oreja. Creí llegada mi última hora. Aquellos energúmenos pidieron mi fusil; se lo presenté. Inmediatamente cesó el fuego; no se atrevían á acercarse. Me obligaron á dejar el arma en el suelo y á alejarme unos pasos. Al instante se apoderaron de ella, saltaron sobre mí y me exigieron las pocas municiones que llevaba. Uno me arrancó brutalmente tres cartuchos que tenía en la mano; otro se precipitó sobre mi reloj, pero luego me lo devolvió; un tercero se apoderó del libro en que tenía anotadas las Misas. En fin me robaron la cartera: examinaron su contenido, y con gran asombro mío me devolvieron una docena de francos en billetes japoneses, que es todo el dinero que contenía. Contentos con mis armas, dijeronme que podía retirarme. Los bandidos eran ocho, y sus armas seis fusiles, tres sables y un revólver.

Cuando encontré á mis cristianos estaban casi muertos de miedo. Proseguimos la marcha con la emoción que es de suponer.

Llegados por la noche á la cristiandad, quise examinar mis heridas. La bala, después de haber agujereado la sotana, rasgó el chaleco y la camisa, dejando en ambos un corte de unos 20 centímetros, como si fuera hecho con tijeras; me desgarró la carne en toda la extensión del omoplato, y salió haciendo un nuevo agujero en medio de la espalda de la sotana.

Tres semanas después estaba completamente curado. Como veis, no salí tan mal como temía de esta peligrosa aventura, por cuyo motivo doy infinitas gracias á Dios.

Dentro algunas semanas haré, Dios mediante, una segunda visita á mi distrito, llevando por toda arma

más fe en la divina Providencia, bendiciéndola por el pasado y esperando en ella para el porvenir.

La solemne fiesta de Navidad me hizo olvidar los trabajos pasados. Tuve la dicha de dar la Sagrada Comunión á 175 personas. La capilla fué, naturalmente, pequeña para los concurrentes á la Misa del gallo. Los cristianos del pueblo que pensaban oírla tuvieron que desistir de su propósito. Cedieron el lugar á sus hermanos, venidos de muy lejos, y se resignaron á oír la de la aurora.

Cada fiesta veo con pena que la capilla es incapaz para los cristianos que asisten á los divinos Oficios. Espero que Dios oirá sus oraciones y colmará sus deseos, proporcionándome los recursos necesarios para construir una iglesia capaz para todos mis amados feligreses. El nuevo edificio, seguro estoy de ello, facilitaría numerosas conversiones en esta comarca tan bien dispuesta para nuestra sacrosanta Religión.

TCHE-LI SUD-ESTE (CHINA)

El patriotismo chino

El Rdo. P. Pablo Jubaru, de la Compañía de Jesús, misionero en el Tche-li Sud-Este, con fecha 2 de Abril de 1908, escribe desde Hien-hien, donde dirige un floreciente colegio católico:

VUESTROS periódicos ya os tendrán al corriente de los conflictos sino-japoneses. Los cantoneses acordaron y practican el boycottage contra las mercancías japonesas, persiguen á los japoneses y organizan *meeting* sobre *meeting* contra el Japón: esta sobreexcitación verdadera, espontánea, casi incomprensible, es una prueba palpable del «patriotismo chino.»

Antiguamente era común á todos los libros que trataban de la China, el decir que el chino no tiene la idea de patria. La última semana aún leí en un periodiquillo de Tien-tsin una larga paráfrasis de aquellas palabras de Anatole France: «Se necesitará mucho tiempo para enseñar á China que hay la China.»

Yo he presenciado el florecer de esta nueva vida. Es un fenómeno que sigo con el más vivo interés. La idea de patria, de solidaridad, de mutua inteligencia para la restauración y engrandecimiento del imperio, la vemos con nuestros propios ojos caer sobre las masas populares de este inmenso imperio y enseñorearse de ellas.

Hace seis años, cuando llegué á China, el gran cuerpo chino continuaba sumido en su profundo letargo secular. Actualmente mueve uno tras otro sus perezosos miembros. La vida se propaga por todo su organismo con rapidez que desconcierta. Los chinos lo ven asombrados, mejor dicho, embelesados.

—En estos momentos toda la China se agita y revive, decíame ayer uno de nuestros excelentes misioneros indígenas, el P. Li. Queremos levantar la cabeza. Pronto demostraremos al mundo entero que no somos tan incapaces como nos creen los europeos.

Profunda revolución en las ideas y ardiente sed de instrucción se apoderan de la juventud. Me resulta á veces difícil continuar enseñando á los alumnos que han obtenido el título de bachiller. En nuestro colegio

tenemos diez jóvenes maestros, que cada semana, además de hacer el fatigoso trabajo de su clase, se entregan á serios estudios literarios, y piden con insistencia se les enseñe álgebra y se les den libros para estudiar francés. Desgraciadamente no tenemos escuelas superiores. ¡Ah! ¡Si tuviéramos una facultad católica de medicina, como en Beyrouth, ó una de Artes y oficios, como en Lille! Entonces les podríamos decir: «Estudiad más, hijos míos; tú quédate, tú vete á tal colegio: tú estudia esto; tú aquello.» Y seguirían nuestros consejos y obtendríamos los más hermosos resultados. Pero mandar á estos jóvenes á la escuela del Gobierno, no; esto sería hacerlos paganos.

Uno de los dieciséis bachilleres salidos de nuestras escuelas ingresó á la Normal de Pao-ting-fu. A los dos días ceremonias á Confucio. La escuela en masa (más de mil alumnos), con los profesores á la cabeza, fueron á venerar la imagen del falso dios. Nuestro joven se negó á acompañar á sus condiscípulos. Al día siguiente le llama el Director.

—¿Por qué no hiciste lo que tus compañeros?

—Mis convicciones religiosas me impiden semejantes actos de culto.

—Pues bien; haz una ligera inclinación de cabeza, y asunto concluido.

—Mucho le agradecería, mi respetable profesor, me dispensara de esta ceremonia.

—¿Eres acaso católico?

—Sí, señor.

—Entonces no puedes continuar aquí.

Y fué despedido en el acto.

Este noble muchacho, gentil, cortés y rico, ávido de instrucción, creía que todas las puertas se abrirían á su paso y que el porvenir sólo tendría sonrisas para él. Se equivocó. Afortunadamente su fe ha vencido. Antes que á ella renuncia á sus ideales. Estudiará en Pao-ting-fu, en la nueva escuela de francés que han abierto los Padres Lazaristas. Sólo lamenta que en ella no enseñen ciencias. Dentro tres años puede aspirar á una plaza de subjefe de estación en la línea de Peking-Hankou.

Una palabra más sobre el patriotismo chino. Todos los jóvenes suelen tomar un nombre al concluir sus estudios. Desde hace dos años el nombre de moda es la palabra *patria*, combinada con un determinativo algo sugestivo; por ejemplo: esplendor de la patria, puntal de la patria, felicidad de la patria, alhaja de la patria, flor de la patria, etc.

¡Dígame, después de esto, que el chino no es poeta ni patriota!

BENGALA

El agua del banano, remedio contra la disentería

El último número de la revista *Missions belges de la Compagnie de Jesus*, publicó la siguiente carta del R. P. Juan De Smit, S. J., que traducimos por su originalidad y por la importancia de lo que pide y de lo para lo cual pide.

SEÑOR EDITOR:

El número de Febrero de las *Missions belges*, acogido con la alegría de siempre, publica un artículo titulado: «El banano en tierra de Misiones.» Permítame

añadirle un parrafito que lo completará: *El agua del banano remedio contra la disentería*. El remedio será útil á los misioneros del Congo, de Ceylán, del Bengala y de otros países.

Poco antes de la muerte del celoso P. Van Robays, un niño de la escuela de Sambolí enfermó de disentería. Ensayamos todos los remedios que prescriben los tres libros de medicina que figuran en nuestra *gran biblioteca*, y nada; Bernabé, un mundari, se moría. El célebre remedio del P. Dessaint, de las Misiones Extranjeras de París, á saber: una cucharada grande de ajo picado, que se cocerá con dos cucharadas de aceite de ricino hasta que el ajo quede algo tostado; se come el ajo, se bebe el aceite frío, y si el mal no cede, al siguiente día se repite el remedio; no produjo efecto. Enviámos á Soso, al Barway, á la residencia del P. Bretondeau, dos hombres: «Corred día y noche, volved con la medicina; aquí os espera una copa rebosante.»

Después de dos noches y un día de marchas forzadas, nuestros hombres regresaron con el remedio tan célebre en el Africa del Sud, de la tisana de geranio. Se prepara, se administra, y... fiasco completo. El P. Van Robays debe acompañar á Su Ilustrísima á Rengarih, á 12 millas de aquí. Al marchar me dijo: «Hemos ensayado cuanto sabemos, todo en vano; Bernabé va á morir.» Y se fué muy afligido. Bernabé es un muchacho que vino de un pueblo distante 120 millas (40 leguas) para prepararse al bautismo. El día siguiente, á las ocho, el estado del enfermo inspiraba serios temores. Le administré los últimos Sacramentos.

A las diez llega el padre del moribundo.

—Vuestro hijo está muy grave.

—Tan grave ó más que él estuve yo en Calcutta, hará dos años, cuando cuidaba los jardines de un inglés; á las siete de la mañana tomé la medicina, y á las diez me paseaba curado. Daré á mi hijo este remedio admirable.

Dos hombres y yo fuimos al jardín; se corta un banano joven, se le arrancan las hojas y la corteza, se retuerce el árbol como una cuerda, y se recoge la savia en un recipiente de tierra cocida (los de cobre no sirven para el caso).

Unos terrones de azúcar pide el padre (es costumbre india mezclar azúcar á las medicinas). Y á las diez y media da á su hijo la primera toma del específico; una segunda á las tres de la tarde; mejora considerabilísima. Al anocheecer tercera toma.

—Mañana podremos trasladar á mi hijo en camilla.

—Llevaos para el camino dos botellas de agua de banano y un poco de azúcar.

En efecto, al día siguiente se llevaron á Bernabé. Pobre muchacho, pensaba yo; llegará quizás á Gutlahar, pueblo católico que dista 9 millas, pero allí lo enterrarán.

Un mes después vino á visitarme el catequista Timotoe. Temiendo oírle confirmar mis tristes augurios, le pregunté:

—Y Bernabé ¿ha muerto?

—No, señor, ¡si pronto correrá como antes!

SEÑOR EDITOR:

Acabo de tener el gusto de descubrirle un remedio

eficaz: permítame V. que le pida otro: sufro una enfermedad extraña: por desgracia muy frecuente entre misioneros. La he confiado al R. P. De Vos, S. J., quien acaba de visitarnos y alentarnos. Y me ha dicho: «Sólo en Europa y en casa de algunos especialistas encontraréis el remedio. En las Indias se desconoce.»

Pues bien, señor editor, cada mes soy víctima de fuerte sangría, causada por los catequistas y maestros de escuela: una bagatela, 190 francos de déficit.

Y me precisa instalar catequistas en tres nuevos pueblos, y esto representa 15 rupias al mes, 28 francos. Este año en el Biru hay hambre: el 3 de Marzo, en pequeños préstamos, gasté la enorme suma de 170 rupias: 3, 4, 5, 6, á cada desgraciado que se muere de hambre con su mujer é hijos, casi todos nuevos catecúmenos. Ayúdenme Vdes., el Señor les bendecirá.

Nos permitimos llamar la atención de los «especialistas de la caridad» para que intenten curar la dolencia que sufre el Padre Juan De Smet, S. J.

NOTICIAS VARIAS

Madagascar central.

La última visita pastoral.—El venerable vicario apostólico del Madagascar central, Ilmo. Sr. Cazet, ha visitado las provincias de Betafo, Ambositra y Fianarantsoa. En los tres meses que ha durado esta visita pastoral, este dignísimo Prelado no ha cesado de dar gracias á Dios por las innumerables bendiciones que su infinita bondad se ha dignado derramar sobre estas comarcas y que él ha tenido la dicha de admirar. En estas tres provincias, al igual que en las demás de la Misión, la Comunión frecuente, las Congregaciones de la Santísima Virgen y el Apostolado de la Oración, están en su apogeo y contribuyen en gran parte á sostener y avivar la vida cristiana en las poblaciones. Esto no quiere decir que todo ande perfectamente. Con frecuencia y por desgracia, el misionero tiene que deplorar grandes déficits, ocasionados generalmente por aquellos de quienes más cabía esperar aliento y buen ejemplo.

Entre las numerosas localidades que el venerable Prelado ha visitado, el número de las Confirmaciones administradas ha sido de 3,634. Y hubieran sido más todavía si circunstancias especiales no hubiesen impedido al Ilmo. Sr. Cazet el que visitara regular número de cristiandades que habían pedido la sagrada Confirmación y estaban preparados para recibir este Sacramento.

A pesar de sus 80 años cumplidos y de sus 44 de Misión, el Ilmo. Sr. Cazet hace largos viajes, las más de las veces obligados, y siempre fatigosos, sin que haya estado un instante enfermo. Durante estos tres meses y desde su regreso á Tananarive, tampoco ha tenido necesidad de médicos ni medicinas. Sólo pide, para él y para las obras de la Misión, las oraciones de los piadosos asociados de la Propagación de la Fe.

Gabón.

El fetique Anguma.—El Ilmo. Le Roy había pedido al reverendo P. Tanguy, superior de la Misión de Butika, que le procurase uno de los fetiques conocidos con el nombre de *Bieri*. El Padre le da cuenta en las siguientes líneas de los incidentes que han acompañado la entrega del fetique:

«Habiéndonos visitado hace pocos días el P. Girod, aproveché su regreso á Libreville para remitir el *Bieri* que V. R. me había pedido. Este *Bieri* es completo: lo forma el tonel

con su contenido y la estatuita que lo completa. Esta es muy lujosa, con sus anillos y penacho de plumas: fácil hubiera sido limpiar el conjunto y enviarle relucientes los anillos y más colorado el rostro, pero esto fuera quitarle el color local, que quizás aumenta su valor.

«Anguma (nombre que este *Bieri* daba al pueblo), queda, pues, sin una parte de su personalidad; poco me faltó para no dejar la mía completa en la hazaña. No vaya á creerse que me apoderé á viva fuerza del fetique: aprovechando las buenas disposiciones del pueblo, estar el anciano jefe bautizado y contar en él muchos antiguos cristianos, creí llegado el momento de revelar á las mujeres ante el pueblo reunido el secreto, alma de la fuerza del *Bieri*, es decir el secreto de que lo rodean para revestirlo del carácter misterioso que le da fuerza. El resultado inmediato de la revelación fué un tumulto indescriptible; el pueblo se dividió en dos grupos rivales. Uno defendía que el *Bieri* no tenía razón de ser, pues las mujeres conocían el secreto; el otro que debían continuar guardándole y honrándole. Los dos partidos intentaron apoderarse de Anguma, quien dejó en las manos del pueblo buena parte de cuanto no era integrante á su personalidad. Testigo de la reyerta, esperaba de un momento á otro el regalo de algún disparo de arma de fuego, y en realidad lo que me regalaron á media noche fué el Anguma. Me negué á aceptarlo, si todo el pueblo no convenía gustoso en el regalo. Aquella noche discutieron, y al siguiente día me regalaron el idolo. El más ardiente defensor de Anguma fué el primero de venir á decirme *mbola* (llévatelo), y quedamos buenos amigos.

Palestina.

Religiosas de viaje.—Una Hermana dominica del Santo Rosario, nos escribe desde el Kerak:

«Para ir de Jerusalén al monte Kerak hemos tenido un penoso viaje. Los Madabas están en guerra con los Beduinos de las cercanías, y ello es causa de que los caminos ofrezcan serios peligros y de que sólo podamos transitar por ellos acompañados de numerosa escolta.

«Nos hemos visto precisadas á pasar cuatro días á caballo, descansando sólo el tiempo indispensable para comer. Aumentaba mi inquietud el acompañar á dos Hermanas jóvenes.

«Un día debimos correr sin apearnos de la madrugada hasta las dos de la tarde, hora en que nos desayunamos. Para ello nos refugiábamos en un antiguo cementerio. Allí encontramos los restos de tres hermosísimas puertas esculpidas y numerosas losas sepulcrales de grandes dimensiones, cubiertas de antiguas inscripciones. Una de estas losas nos sirvió de mesa, y tomamos nuestro modesto desayuno acompañado de graves meditaciones, inspiradas por aquel refectorio de nuevo género.

«A última hora de la tarde acampamos en la cumbre del monte Moheb. La noche fué de las más sombrías, y para alumbrar el campamento no teníamos más antorchas que las estrellas del cielo. En el centro del desierto, rodeadas de tinieblas, sentíamos oprimírnos el corazón; la voz insegura de mis compañeras denunciaba que las dominaba el miedo. Para disipar esta impresión, tan propia de la obscuridad, llamé á algunos hombres de nuestra escolta y les rogué recogiesen un poco de leña y encendieran fuego. Pronto chispeante hoguera nos comunicó luz y calor. Y por cierto que tanta necesidad teníamos de la una como del otro, porque con la noche había venido el frío, y acostumbradas al intenso calor de la jornada, todas temblábamos.

«Nos preparábamos para dormir cuando oímos á corta distancia el trote de unas caballerías: pronto vimos dos caballeros armados de lanzas y fusiles. Nuestro centinela les gritó:

«¿Quién vive?» Pero los jinetes continuaron su marcha sin responder palabra. Mala señal. Sólo los bandidos de profesión dejan sin contesta tal pregunta.

«El resto de la noche lo pasamos despiertas, rezando el Santo Rosario. Gracias á la protección de la Santísima Virgen, yo así lo creo, no volvieron los bandidos en mayor número para robarnos.

«En fin, franqueamos otra montaña, descubrimos el Kerak y saludamos á los Angeles guardianes de nuestra Misión. Nos vieron también y al instante nuestros alumnitos, que estarían aguardándonos, bajaron corriendo la montaña y vinieron á recibirnos. Al encontrarnos, nos rodearon, besaron nuestras manos, lloraron de alegría, y hasta nosotras estuvimos á punto de hacer otro tanto ante tal explosión de ternura.

Apenas llegadas á nuestra casa, después de recibidas las bienvenidas y felicitaciones de las mujeres y jóvenes del pueblo, nos pusimos á trabajar. Y por cierto que había mucho que hacer en esta casa abandonada hacía dos meses. A la mañana siguiente reanudamos las clases y nos ocupamos especialmente en instruir á siete jóvenes alumnas que debían casarse el domingo próximo.

Gracias á Dios, la fiesta resultó hermosa y hoy estas jóvenes son excelentes esposas.

India inglesa.

Hambre.—De nuevo vuelve el hambre á dejar sentir sus horribles estragos en los pobres habitantes de la India. Más de millón y medio de indígenas están siendo víctimas de aquel terrible azote de la humanidad. La cosecha de arroz, que es el único alimento de los pobres indígenas, se ha casi perdido, y los misioneros belgas de Bengala y otros pueblos imploran la caridad de Europa en favor de aquellas pobres víctimas, que de no ser socorridas perecerán en la mayor miseria. Los últimos números de las revistas católicas belgas, que trabajan para las Misiones católicas, publican largas listas de donativos.

El Gobierno inglés, por medio del *Foreign Office*, ha enviado á los caritativos y generosos belgas la expresión de su más vivo reconocimiento por acto tan cristiano.

La cosecha de trigo en las Indias.—Traducimos del informe del Virrey:

«Un cablegrama, fechado á los 8 de Marzo, anuncia que, según el segundo informe oficial sobre la cosecha de trigo en Bengala (primer distrito), la superficie de terreno sembrado es de 1.008,000 acres; el año pasado, en esta misma época, la superficie sembrada era de 1.323,000 acres.

«El total fué el último año, 1.403,000 acres de terreno sembrado. La proporción resultó aun menor este año, 63 por 100, que el anterior que alcanzó el 77 por 100, habiendo sido la cosecha 389,000 toneladas de trigo. Por lo tanto, el producto de la recolección actual puede valorarse en 250,000 toneladas, ascendiendo, según el mismo segundo informe oficial, á 1.400,000 toneladas el total de la cosecha en las Provincias Unidas, total muy inferior al de 2.165,000 toneladas logrado el año anterior.

Nueva Guinea Holandesa.

Los salvajes kaia-kaia.—El Rdo. P. Enrique Nollen, escribe desde Merauké al Rdo. P. Arturo Lanctin:

Aquí en el extremo de las posesiones holandesas, perdido en este rincón de Torres-Strect, incomunicado casi con el mundo civilizado, trabajo á mayor gloria de Dios. La Nueva Guinea es

país de sorpresas, y una de éstas la da esta tierra tan llana, tan pobre, que se extiende desde la isla Frederic-Hendrick hasta mucho más allá de la frontera inglesa. No hay aquí montañas ni bosques; sólo inmensas llanuras arenosas, cubiertas de matorrales, y grandes extensiones de tierra arcillosa, que los indígenas aprovechan para plantaciones de palmeras y de bananos, ó abandonan á una vegetación silvestre.

Estos indígenas se llaman «Kaia-kaia», probablemente porque cuando fueron descubiertos por los europeos repetían mucho la palabra *kaia! kaia!*

Antiguamente los Kaia-kaia tenían la bárbara costumbre de, dejando que las aguas del río llevaran sus canoas, llegar á las tierras que pueblan las razas menos bravas que se suceden en la orilla opuesta á la frontera inglesa; atacábanlas de improviso, cortaban la cabeza á cuantos caían en su poder, muertos ó vivos, y regresaban á su país donde celebraban el triunfo. Se agrupaban al rededor de grandes hogueras, secaban las cabezas con infernal algazara, las pintaban de diversos colores, gritando, aullando y entregándose á todos los excesos de su salvajismo. Estas cabezas servían luego de talismanes, y daban á sus hijos los nombres de las víctimas.

Desde que son vigilados, sólo clandestinamente se atreven á realizar estas correrías homicidas. En Abril del pasado año fueron sorprendidos celebrando una de sus lúgubres fiestas. Dióseles una buena lección destrozándoles las canoas y quitándoles una docena de cerdos, que eran su principal riqueza.

¡Cuántos chinos y malayos han sido víctimas de las flechas de los kaia-kaia! ¡Cuántos penados (indígenas de las islas condenados á trabajos forzados) que huyeron esperando salvar la frontera inglesa han pagado con su cabeza el deseo de libertad!

Nuestros Papus son hombres altos, elegantes, fornidos. Sus hijos cuando pequeños son hermosos. Desgraciadamente, desde la edad adulta empiezan á desfigurarse. Se agujerean los lóbulos de las orejas, y meten en ellos, á guisa de pendientes, primeramente nervios de hoja de cocotero, luego pedacitos de bambú, después pedazos de madera, tantos y de tan gran tamaño, que la oreja descomunadamente aumentada les cae sobre la espalda. Suelen además meter hacecitas de plumas que unen y adornan anillas de metal. Agujerean también las paredes de la nariz. Los chiquillos introducen en ellas briznas de madera; los hombres casados, dientes de cerdo, y á veces huesos no pequeños de casuario ó de kanguro, dispuestos de manera que los extremos les descansen en los labios. Resultado: logran que su aspecto sea horrible. Pintan su rostro de diversos colores; la frente con preferencia de rojo; pero si no tienen el color preciso para tanto lujo, contentánse con pintarse una ancha línea roja horizontal; ó también vertical, desde lo alto de la frente hasta la punta de la nariz.

Sobre el pecho lucen infinidad de objetos: trenzas de cola de vaca ó de cerdo, hileras de dientes de kanguro, collares de perlas, ó de granos de algún arbusto, cocos pequeños vacíos que les sirven de silbatos, espinas de pescado, vértebras, y otros mil objetos por el estilo, negros de sudor y relucientes de grasa. ¡Imaginaos qué delicioso perfume exhalará el individuo así emperifollado!

Pero el *non plus ultra* de sus extravagancias la constituyen los pedazos de carne de jabalí, trofeos de caza, secos, grasientos de cebo y tachonados de coco, que traen sobre los hombros, á veces una docena á cada lado. Cuando la carne es seca y endurecida, pase el capricho; pero á los tres ó cuatro días de adornar el brazo de un kaia-kaia despiden un hedor putrefacto capaz de ofender al olfato más sufrido.

Descritos quedan los Kaia-kaia con todo su salvaje esplendor. Pero bajo estas groseras apariencias hay almas á imagen de Dios, hermanas nuestras, rescatadas por la misma Sangre de Jesucristo. Por esto el P. Cappers y el que esto escribe nos complacemos viviendo entre ellos que empiezan á distinguirnos con su simpatía. Cuando les hablamos de Dios, del

cielo, del infierno, escuchan con atención, pues son curiosos y tienen regular inteligencia. Hemos bautizado unos quince entre niños y ancianos *in articulo mortis*.

Aun no hablamos la lengua del país. Carecíamos de datos y gramáticas; todo estaba para hacer. Actualmente logramos hacernos entender para las cosas ordinarias...

DESDE LA GUINEA ESPAÑOLA.—LA MISIÓN DE ELOBEY

(Continuación)

9.º Frutos espirituales

COMENZANDO, pues, por los primeros, es muy consoladora la cifra de bautismos y otros Sacramentos administrados á los numerosos habitantes indígenas de toda esta comarca. Pues, según consta en el «Registro de Bautismos» que tiene la Misión de Elobey, el número de infieles regenerados con las aguas del santo Bautismo es de 438; siendo de notar que durante el mes y medio que duraron las obras de construcción se llegaron á bautizar hasta 40. Otro tanto pudiera decirse de los demás Sacramentos, como el de la Confirmación, Penitencia, Comunión y Matrimonio; pues si bien, co-

mo se deja comprender, su número es más reducido; ya que muchos de los bautizados son todavía parvulitos, y por lo mismo incapaces para recibir los tres últimos, mas no así con el de la Confirmación; pues, apenas se hallará en todo el territorio que comprende esta Reducción, un solo pequeñuelo que deje de estar confirmado.

Si no temiera exceder los límites de esta reseña, haría una minuciosa relación de todas y cada una de las visitas que los misioneros de Elobey han hecho á esta Reducción para llevar á cabo su obra evangelizadora, así como de las realizadas por el ilustrísimo Padre Vicario Apostólico, para confirmar á los neófitos, alentar con su presencia á todos los convertidos, y exhortar á los catecúmenos é infieles á abrazar la Religión católi-

ca. Y así, en gracia de la brevedad, sólo diré que es para alabar al Señor viendo el entusiasmo con que estos indígenas acuden á la Reducción para saludar á los misioneros, no ya tan sólo los cristianos, sino que también los infieles; con la diferencia, que los primeros vienen para cumplir con los preceptos de la Iglesia, aprender las cosas necesarias para salvarse y en demanda de algún objeto piadoso, como rosarios, escapularios, medallas, etc.; y los segundos, por mera curiosidad las más de las veces, y casi siempre con la esperanza de llenar su pipa con la hoja de tabaco que se prometen recibir de los Padres Misioneros. Dicho se está que en estas ocasiones es cuando se les procura ganar para Jesucristo, exhortándolos vivamente á que abandonen sus idolatrías y supersticiones y se preparen para recibir el santo Bautismo. Y por más que no siempre se logra convertirlos, sobre todo mientras gozan de vida y robustez, no obstante se consigue, y no es pequeña ventaja, el que no se opongan á la conversión de sus hijos, y que al fin de sus días les conceda el Señor á ellos esta misma gracia.

Entre los muchos ejemplos que pudiera referir en confirmación de lo dicho, citaré tan sólo uno de mayor excepción, y que por lo mismo probará hasta la evidencia mi aserto.

Se trata nada menos que del tantas veces citado en el decurso de esta relación, Déchumur Magu, jefe principal, como queda dicho, de esta numerosa familia pámue.

Hombre de elevada estatura, fornido y guerrero como el que más de los de su tribu; avezado á dominarlo todo, ya por su carácter dominador, ya también por el miedo y pavor que



ANNAM.—RUINAS DE MISON: FIGURA SENTADA

infundía á los suyos, cuando retorciéndose el largo bigote del que con orgullo se creía favorecido entre todos los de su tribu, dirigía su mirada feroz hacia los infelices de quienes sospechaba la menor falta de respeto contra su real persona. — Este hombre, pues, que ya desde su mocedad fué iniciado en el arte diabólico de los fetiches y sortilegios, y que por lo mismo *estaba en su mano la vida ó la muerte de todos sus enemigos*; ya que (según él decía) con sólo hacer tocar unos huesecillos de los esqueletos de sus antepasados, podía quitar la vida á todos ellos, á cualquier hora, por más distantes que se hallaran y sin que nadie les pudiera salvar; este hombre, repito, que tanto pavor infundía á todos sus enemigos, y á quien, humanamente hablando, no había medio para reducirle á buen camino...; plugo á la Divina Bondad, que reconociendo la falsedad de los espíritus que en aquellos *fetiches y sortilegios* tantos años él había creído (eso sí, por conveniencias personales), según después manifestó; dejara bautizar á todos sus hijos (1); y poco tiempo antes de morir lograra él la misma suerte. En efecto:

Según testimonio de los misioneros, después de algún tiempo de haberle tratado muy familiarmente, con el fin de reducirle á buen camino, lograron con la gracia del Señor, que depusiera cierta especie de aversión que contra los mismos tenía. Lo cual á nadie extrañará, si se tiene en cuenta el espíritu dominador y altivo que le caracterizaba.

Con estas relaciones amistosas, fué el hombre depositando su confianza en los misioneros, favoreciéndoles en muchas cosas; si bien es verdad que en otras obraba muy diferentemente de lo que se le aconsejaba.

Este fué, sin embargo, el medio de que se valió la Divina Providencia para su conversión. Porque con el trato frecuente y cariñoso que tenía con los misioneros, siempre que éstos iban á la Reducción, era él, con ser infiel, uno de los que con más asiduidad asistían al Santo Sacrificio y demás actos religiosos, acompañado, casi siempre, de todos sus hijos, que por cierto no eran pocos.

Y aunque es verdad que mientras gozó de salud y robustez, no tuvo tanta fuerza de voluntad como necesitaba para dejar siete mujeres de las ocho que tenía, requisito indispensable para recibir el Bautismo; es también cierto, que tan pronto como Dios Nuestro Señor le envió una enfermedad que le había de llevar al sepulcro, no titubeó un momento en convertirse, á pesar de las dificultades que tenía que vencer. ¡Cuánta

(1) En un solo día, que fué el 28 de Agosto de 1901, de trece que se bautizaron, nueve eran de este jefe.



ANNAM.—RUINAS DE MISON: FIGURA DE PIE

verdad es que el recuerdo de los *Novísimos* ó *Postimerías del hombre*, aparta á muchos del mal y les hace practicar el bien! Así le aconteció, por dicha suya, á nuestro Déchuma Mayu.

Afortunadamente, pocos días después que se agravó la enfermedad que desde algún tiempo venía padeciendo, fué el que suscribe á la Reducción para visitar á todos aquellos pámués.

Desde mi llegada, como era natural, pregunté por el enfermo Déchuma; á lo que me contestaron: «Está muy enfermo.» Y luego me añadieron: «El desea mucho que vaya V. á verle; pues desea que le bautice.»

Receloso, pues, de que se muriera, tan pronto como pude fui á ver en qué estado se hallaba.

Le hallé tan abatido y postrado, que me infundió serios temores de su existencia. En seguida le pregunté si quería recibir el bautismo. A lo cual me contestó

que sí; y que por eso deseaba mucho saber antes qué había de hacer para recibirlo. «Muy bien, muy bien,» le dije.

Sentéme, pues, á su lado, y comencé á explicarle todas las cosas necesarias para salvarse, atendidas las circunstancias de gravedad en que se hallaba. Y como él había oído ya tantas veces de los Padres misioneros, que no podía ser bautizado si no dejaba antes siete de las ocho mujeres que tenía, no tuve necesidad de insistir mucho en este punto; pues tan pronto como se lo indiqué, me prometió al instante que así lo haría, porque deseaba morir cristiano.

Viéndole tan bien dispuesto, le pregunté si quería que le bautizara en el acto. A lo que me contestó, diciendo:

—Padre, yo ya quisiera que V. me bautizara ahora; pero como ya es bastante tarde para volverse V. á la Reducción, y además me encuentro mejor, ya volveré mañana, y entonces me bautizará.

—Está bien, le contesté; pero si esta noche te sintieras peor, no dejes de avisarme.

Y sin más me despedí, después de haberle dado unas hojas de tabaco, que él recibió dándome las gracias por ello y por la visita.

Regresé, pues, á la Reducción ya de noche, acompañado de un muchacho, que era mi intérprete, sin que pudiera olvidarme del pobre enfermo, aun después de haberme ido á descansar.

No parece sino que el Angel Custodio me inspiraba el continuo recuerdo de mi caro enfermo; pues á eso de las doce de la noche, cuando mayor era el silencio que reinaba, oigo de repente recios y descompasados golpes en una de las ventanas.

—¿Qué es esto? pregunté algún tanto espantado á los que descansaban cerquita de donde yo estaba.

Y diciendo y haciendo abro la ventana para ver qué era lo que pasaba.

Era un criadito del mismo enfermo, el cual díjome con voz temblorosa:

—¡Padre, véngase pronto conmigo, porque Déchuma se muere!

Al oír estas palabras, quedé medio aturdido; y de repente llamo al intérprete, y salimos de la Reducción con los Santos Oleos, y acompañados del hombre con un farol que él llevaba.

Tan pronto como llegué á la choza del enfermo, díjome éste con una voz entrecortada por los dolores que sufría:

—Padre, bautíceme pronto, porque voy á morir.

—Sí, le contesté, lo haré con mucho gusto ahora mismo; pero ya sabes que antes debes dejar las siete mujeres y casarte también ahora con la primera que tuviste.

—Así lo quiero, me contestó; pues yo quiero ir al cielo.

En presencia, pues, de dos testigos, abandonó las siete mujeres para unirse en santo matrimonio, después de recibido el Bautismo, con la única que según la ley y derecho le pertenecía. Todo lo cual se verificó, gracias á Dios, con grande satisfacción mía, y no menos admiración de todos los circunstantes, por ver á aquel hombre que pocos años antes había sido tan amigo de *fetiches y sortilegios*, y ahora convertido á la fe de Jesucristo.

¡Bendito sea Dios, que usa de tanta misericordia con estos morenos!

MARTINICA

CIUDAD QUE RENACE DE SUS CENIZAS



RESCO está en la memoria de todos el recuerdo de la terrible erupción del volcán del Monte Pelado, que el 8 de Mayo de 1902 destruyó la ciudad de San Pedro (Martinica), causando la muerte á más de 30,000 personas. Ante tanta ruina preguntábase el viajero si acaso un día serían aquellas tierras testigos del hecho tantas veces repetidos en otras ciudades víctimas de no menos terribles fenómenos naturales, esto es, si la ciudad de San Pedro sería reconstruída: en la actualidad aún no es un hecho, pero está en vías de serlo.

Seis años han transcurrido de la catástrofe que conmovió á todo el género humano: las nubes ardientes, espantosa causa de horrores, no han vuelto á formarse sobre el monte temido, ni en consecuencia han vuelto á descender de las cimas donde se abren los cráteres del volcán á las orillas del mar. Y ya los más audaces

no temen, no, el visitar en rápida excursión estos lugares de desolación y muerte, sino tampoco el vivir en ellos y reedificar. Cuatro meses hace ya, un hotel no muy lujoso, pero hotel donde se encuentra á todas horas buena acogida y excelente humor, se levanta á corta distancia de la playa, en el lugar donde antes había la célebre «plaza Bertin.» Y en el antiguo mercado del azúcar, donde por espacio de más de dos siglos se hicieron millones de transacciones y trataron tantos negocios, Mr. Morin, el audaz hostelero, hace tan prósperamente el suyo, que ensancha, embellece y aumenta sus edificios y los dota de *comfort* y lujo.

Las últimas noticias que de la Martinica nos llegan, confirman que el renacimiento se acentúa con rapidez.

La Compañía General Trasatlántica, aguijoneada acaso por la competencia de la Compañía austro-americana, reanudó el 21 de Febrero la serie de escalas comerciales, tomando carga en San Pedro, por primera vez después de la catástrofe.

Esto se debe á que casi en todas las propiedades que rodean la antigua capital comercial de la Martinica, se

ha reanudado el trabajo productivo: en Saint-James, en Morne-des-Cadets, en Morne Etoile, propiedad ésta comprada y explotada por una sociedad francesa, cuyo domicilio social está en París. Pronto no lejos del Hotel Morin serán abiertos al público unos grandes almacenes de quincallería y mercería.

El gobernador, Mr. Lepreux, se ha creído en el deber de ir personalmente á enterarse de la importancia del movimiento. Salió para San Pedro, donde fué solemnemente recibido por los Sres. Luis Ernoul, ex-primer teniente de alcalde de San Pedro; Raibaud, de Saint-James; Collat, ex-primer teniente de Alcalde del Morne Rouge; el comisario de policía del Carbet, los

empleados de aduanas y recaudadores de contribuciones, y, en fin, por un grupo de más de 300 obreros y colonos, en su mayoría de la floreciente colonia del Morne Etoile.

Dos súplicas hicieron todos al Gobernador: la primera que sea pronto un hecho la conducción de aguas á la ciudad, y la segunda la inmediata apertura de escuelas primarias.

Muy de desear es que la interesante población de más de 5,000 habitantes que se han reunido en los alrededores de San Pedro, vea coronada por el éxito su obra de reconstitución, y que el volcán entre en una nueva y secular época de sueño.

MI AMIGO ARTURO

POR EL P. H. HOSTEN, S. J.

A mis antiguos alumnos:



¡Amiguito Arturo acaba de expirar esta mañana.

Era un gentil niño de diez años, carirredondo, de cabellos negros como el ébano. Tenía los ojos inclinados á lo Mongol, pues, por orden inquebrantable de la naturaleza, todos los paharias deben tenerlos así, lo cual les hace más graciosos é interesantes.

Arturo era querido de todo el mundo: ¿cómo no serlo, si se mostraba tan gracioso, tan bueno y tan amable con todos? Su muerte deja un gran vacío en la floreciente escuela de Kursong; sus compañeros,—por lo menos aquellos que ya tienen uso de razón—gustarán por largo tiempo de oír contar los rasgos característicos de su candor infantil.

Hace dos años que Arturo habitaba en la cima del monte Ambutiya, entonces se llamaba «Joas Bahadur», nombre sonoro, que evoca recuerdos de «héroes» de baladas antiguas. Un día, Bahadur perdió á su madre, y su padre compartió el hogar vacío con otra mujer. Esta segunda mujer no amaba á Bahadur; cuanto su madre le mimaba y quería, ésta le maltrataba y pegaba. He aquí, pues, que una hermosa mañana Bahadur se dijo: «Esto va muy mal; ¡no puede continuar así!» Y ¡zas! abandona su choza llena de hojas de té, y á fuer de hombre decidido resuelve correr mundo.

¿Cuánto tiempo andó errante, buscando quién quisiera cargar con él? Lo ignoro. «¡Pobres huerfanitos paharias! debieron decirse las gentes del vecindario. ¡Cuánto tienen que sufrir, vagando por estos inmensos campos de té y arrastrándose á lo largo de estos senderos solitarios!»

Por fin, una noble alma pagana se apiadó del desdichado huérfano, é indicándole allí, á lo lejos, en la cumbre de la montaña de enfrente, el majestuoso edificio residencia de los lamas del Oeste, le dijo: «Ves, hijo mío, al lado de aquella casa hay una escuela para niños como tú; vete allí, que aquellos Padres te tratarán como «madre y padre.»

Bahadur se puso en camino. Pero á la sazón era muy

pequeño; ¿cómo se arreglaría para hablar á aquellos Padres blancos que no conocía? Al pasar cerca de la escuela vió un bullicioso grupo de muchachos que se divertían jugando y saltando por la arena. ¡Cuánto hubiera gustado de unirse á sus juegos y de vivir su vida! Pero acostumbrado á los desaires y malos recibimientos, no osó manifestar á nadie su deseo.

Continuó, pues, su vida de vagabundo. Pero el Ángel de su guarda le guiaba por el buen camino. Sucedió que uno de nuestros cristianos, emigrado también, lo recogió y le albergó en su choza, situada en una colina en el corazón de la selva. Tres días después, gracias á su protector, Bahadur hacía su entrada en la escuela.

El buen alimento reanimó sus debilitadas fuerzas, y la sonrisa y el cariño del Padre que le regaló su primer uniforme de tela azul, fueron mejor que un rayo de sol para esta alma tan tierna y ávida de cariño.

Empezó su aprendizaje de alumno. Nunca había ido á la escuela; cuando vió por primera vez la varita mágica del maestro recorriendo en el cartel los caracteres del alfabeto indostán, quedó asombrado. Pero, á su alrededor, muchachos todavía más jóvenes que él, cantaban voz en grito, y Bahadur se puso á repetir lo que ellos iban cantando: *à kâr, à kâr, i-kâr, i kâr*, y toda una letanía de *kârs* hasta la última de las consonantes. ¡Qué curioso era esto! Bahadur reía con toda su alma oyendo cantar aquellas cosas que no comprendía. Atento y vivo como una ardilla, el nuevo colegial fué uno de los más aplicados. Pronto adelantó á sus compañeros menores en edad. Lograba en clase los mejores sitios y luego se sentó en el primer banco.

Leía el indostán, conocía el kaithi ó los caracteres de la escritura cursiva, descifraba su primer libro en letra romana, y sabidas las tres operaciones fundamentales, empezaba á iniciarse en las sutilidades de la división, que es la pesadilla del estudiante paharia.

Igualmente se distinguía en las horas de recreo. ¿Cuál era el juego que Bahadur no conocía? No os hablaré de juegos paharias, de los cuales no conocéis ni el nombre, ni las reglas, pero sí de juegos europeos: sobresalía en los bolos, en la peonza, en la toña, y especialmente en el tan popular y universal juego del

football, el que juegan nuestros chiquillos con los pies descalzos y con una pelota mal hinchada, triste reliquia tomada de nuestros alumnos ciudadanos de Dar-geeling ó Calcuta.

Lo que le placía sobremanera era ser útil. Recorrer la selva y recoger las ramas secas; ir con una vieja lata de petróleo á la fuente y traerla rebosante sujeta á un largo palo, cuyos extremos cogían él y su amiguito Rafael; cortar ramitas para María, la cocinera, y encender el fuego; éstas eran sus distracciones. María le quería mucho. Bahadur correspondía á este cariño prestando siempre nuevos servicios, y dando á la pobre viuda el dulce nombre de «chiamá,» esto es, «tía.»

Bahadur sabía que los días de asueto el P. Wanters solía ocuparse en obras de carpintería: pues bien, dichos días, mucho antes que el Padre, ya estaba él aguardando en el taller. ¡Claro! ¡Allí también podría ser útil! Su persona estorbaba muy poco á pesar de lo reducido que era el local; y gustaba tanto de aprender cuanto veía, y experimentaba una satisfacción tal cuando se le hacían sostener ó trasladar las tablas, buscar el cepillo ó llevar la sierra, que el ayudado acababa por no saber prescindir del ayudante. Hablaba continuamente, preguntando y contestando, y si alguna palabra inglesa ó francesa hería sus oídos, la repetía en voz alta, como el astuto *maina* que suele anidar en un rinconcillo del techo, y las repetía una y otra vez, hasta que acababa por reírse de su bárbara jerigonza.

Los naturalistas también contaban con sus servicios. No tenía rival en subir á los árboles. Salía muy de mañana y sabía sorprender á los insectos en sus escondrijos, donde los encontraba aún con las alas humedecidas por el rocío. Cajas de fósforos y cajas de zinc quedaban llenas como por encanto, y los que en ellas no cabían se los metía en los bolsillos ó anudaba en las puntas del pañuelo. Me dió vértigo repetidas veces sólo el verle andar por ramas tan altas. ¡Vanos temores! Bahadur estaba tan tranquilo en las alturas como yo en tierra firme; jamás se rompió nada.

¡Ah! ¡Y qué hermosas criaturas del buen Dios nos regalaba! ¡De cuán variadas formas y tamaños! ¡De qué colores tan bonitos! Bahadur sabía distinguirlos á simple vista; pero en su lenguaje, poco científico, mariposas diurnas ó nocturnas, cetonias y escarabajos alados, longicornios, rincóforas, crisómelos y rinóceros, todos se llamaban «*kirá,*» nombre que lo mismo se usa para designar las pulgas y las sanguijuelas, que gusanos y serpientes.

En poco tiempo Bahadur había aprendido sus oraciones. Sabía perfectamente de memoria todo el Catecismo. Escuchaba con avidez impropia de su edad las explicaciones del Padre catequista. Historias, hechos edificantes, todo lo recordaba, y más aún, procuraba ponerlo en práctica. Era un niño pagano y ya asistía devotamente á la Santa Misa, y bajo la dirección de su profesor recitaba en alta voz las oraciones del Santo Sacrificio. Jamás salía de su boca palabra menos decente, y se lamentaba con su maestro de aquellos de sus compañeros que no procedían siempre con el respeto debido. Era tiempo de premiar tan buena voluntad. Llegó el día del Bautismo. Fué para Bahadur el más feliz de su vida. Comprendía que renunciaba al mundo

y á sus pompas, que empezaba una vida nueva que le hacía hijo del Divino Jesús. Se le llamó Arturo. Aquel día Arturo tuvo completa libertad, se le permitió discurrir por los amplios corredores del gran monasterio. ¡*Toc, toc!* Llamaba á todas las puertas y enseñaba á todos su vestido nuevo, á la par que exclamaba radiante de alegría: «Baptis-ma payal—¡Ya estoy bautizado!» Más de un deseo, más de una vaga esperanza se escondían modestamente tras esta declaración inocente. Bien lo sabemos nosotros, los más jóvenes. Quien le daba una estampita, quien unos rosarios, éste un escapulario, aquél una crucecita, el otro una medalla, etcétera, etc. Le mostrábamos nuestros tesoros piadosos y él se enriquecía despojándonos.

A partir de aquel día, Arturo fué si cabe más cuerdo, más piadoso y más servicial que nunca. Hubo un género de servicios, al que se dedicó con toda su alma: el cuidado de los enfermos. ¡Los enfermos!... ¡Siempre los tenemos en nuestra pobre escuela!... Los desheredados de la naturaleza, los raquíticos, los tullidos, los tísicos, á ella acuden de diez leguas á la redonda; la mayoría vienen á buscar su pasaporte para la eternidad. Arturo era todo atención para sus queridos enfermos. Les ofrecía té caliente y pan tostado que iba á mendigar á la cocina de los Padres; sentábase á su cabecera, y con voz cariñosa les preguntaba uno á uno: ¿Qué quieres? Encendía un braserito á su lado; les hacía los cigarrillos, se los ponía á la boca y encendía; les contaba historietas, y solía hacerlo muy bien nuestro hombrecillo. Arturo no era como los demás niños. Juzgadlo. Cuando alguno de los enfermos empeoraba, Arturo, antes de servirle la comida, tomaba la crucecita que llevaba sobre el pecho y se la daba á besar. ¿Quién se lo había enseñado? Nadie. ¡Y eran tantas las cosas que sabía sin que se las hubieran enseñado maestros de la tierra!

No eran todo flores en su ejemplar oficio de enfermero voluntario. Más de una vez sus enfermos le trataban mal. Si Arturito no satisfacía con prontitud sus más insignificantes deseos, le dirigían palabras duras y reprensivas. El pobre niño escuchaba sin quejarse, y si la tormenta arreciaba, salía del recinto para irse á llorar en un rincón cualquiera. ¿Qué más podía hacer el bondadoso niño? ¿No se hizo rogar mucho el cocinero la última vez que fué á la cocina á pedirle no sé qué?... y además, ¿no le dijo también que no quería verle más por allí, porque aquel día era ya la vigésima vez que le veía? Pero Arturo, que no sabía ser rencoroso, pronto volvía preguntando si faltaba algo.

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Aguilar.—D.^a Escolástica Rodríguez. 23'50 Ptas.
Barcelona.—J. S. 6 »

ENRIQUE SIENKIEWICZ

LOS CABALLEROS TEUTONICOS

*(Continuación)**Con aprobación de la Autoridad eclesiástica*

Y terminó su narración de esta manera:

—Antes de marcharse—yo no sabía á dónde—Iurand me ordenó que lo esperase. ¡En efecto, lo esperé! Y he aquí que de súbito recíbese en Spychovo la noticia de lo ocurrido en Ortelsbourg. Decíase que Iurand había dado muerte á gran número de alemanes antes de perecer él mismo. Creí volverme loco. Hice montar á caballo á todos los hombres de Iurand y á todos los míos, dispuesto á vengar su muerte. Pero el abate Kaleb nos impidió que fuésemos á Prusia. «No lograrás apoderarte de su fortaleza, nos dijo, y puedes causar serios disturbios á tu país. Ve, por consiguiente, antes á ver al Duque, y quizá él pueda enterarte de lo que ha sido de Danusia.—Tiene razón el abate, me dije, vayamos á Varsovia.» Y ahí tenéis como llegué aquí en el momento en que ese perro daba aullidos contra Iurand, recogí su guante... y no lo siento. Verdad es que no sé con exactitud si Danusia está ó no entre sus manos, puesto que nadie sabe nada, ¡pero lo que si sé es que estos Caballeros Teutónicos son desvergonzados, embusteros, gente sin fe y sin ley! Además, de un modo ó de otro, yo tenía de antiguo cuentas que arreglar con el prójimo ese, á quien provoqué una vez, en momentos en que yo estaba enfermo en el castillo de Prasnyz, después de la cacería. Y á propósito, Majestad, recordad lo que sucedió á de Fourcy, asesinado en aquella ocasión por estos bandidos en medio del camino, y los muy infames pretendieron imputar el crimen á mi escudero... ¿Quién podría jurar que en todo este manejo Iurand no ha sido víctima de un engaño, y que después de burlarse vilmente de él no tratan ahora de salir del paso calumniándolo?

XXVIII

El combate debía efectuarse en el patio del castillo, rodeado de un peristilo.

El Duque y la Duquesa con sus hijos ocuparon sus puestos en medio de la galería, desde donde se dominaba perfectamente todo el patio. A su lado se sentaron los principales dignatarios, las damas de honor y los más notables caballeros del país. Todos los rincones del peristilo se llenaron en un abrir y cerrar de ojos de numeroso público formado por hombres de corte y séquito, nobles jóvenes y escuderos, en tanto que la gente de escalera abajo presenciaba la escena detrás de una especie de terraplén hecho de nieve amontonada en el patio.

El día estaba frío y húmedo, pero claro...

Después del primer toque de trompeta anuncian-

do la llegada de los adversarios, Zbyszko de Bogdanietz y el teutónico Rogerio, seguidos de sus respectivos escuderos, aparecieron por los dos lados opuestos del patio.

Llevaban sus armaduras y cubrían su cabeza con cascos abiertos. El del Caballero Teutónico ostentaba soberbio penacho de plumas de pavo real. Con su diestra empuñaban enormes hachas largas y anchas montadas en mangos completamente ennegrecidos; con la izquierda sostenían la adarga, adornada con escudo de armas.

Chlava y van Krist, que seguían á sus amos, llevaban corazas negras, iban igualmente armados de hachas y con adarga en la mano izquierda.

Óyese por segunda vez la trompeta, y al tercer toque debía comenzar el combate. Ya solamente separaba á los adversarios un pequeño espacio cubierto de cenizas, y encima de este espacio estaba suspendida, cual el ave de la desgracia..., la muerte.

Algunos momentos antes de la tercera señal, Rogerio se aproxima al lugar donde estaban sentados el Duque y la Duquesa, levanta la cabeza, y dice con voz tan sonora que se oyó en todos los rincones del peristilo:

—¡Tomo por testigos á Dios, á vos, señor, y á todos los nobles caballeros de este país, de que no soy culpable de la sangre que muy en breve va á derramarse en este lugar!

Estas palabras conmovieron á todos los circunstantes. «Es preciso, decían, que este alemán esté muy seguro de sí mismo para hablar de esta manera.»

Zbyszko, que tenía tan noble alma, se vuelve hacia su fiel Chlava, y le dice:

—¿No notas como huele á fatuidad alemana?... Habla de mí como dándome por muerto... Pero ¡esperemos un poco! Este animal me desprecia con su pluma de pavo real, y como precisamente necesito algunas... ¡esto me place!...

Y en el mismo momento la trompeta suena por tercera vez.

A esta señal los dos escuderos se precipitan uno contra otro; en cuanto á los dos caballeros, comenzaron á avanzar lentamente, como lo exigía su dignidad.

Pocas personas se ocupaban de los escuderos, pero todos aquellos que presenciaban con interés su lucha, se habían dado cuenta desde el principio de la superioridad del Tchèque sobre el alemán. Chlava había atacado á van Krist con impetuosidad tal, que este último se vió precisado á parar el golpe para no ser muerto como un pollo desde el principio del combate, y así continuó retrocediendo y

contentándose con maniobrar con la adarga para amortiguar los golpes terribles de Chlava. El muy fanfarrón, que habitualmente no solía batirse más que cuando no le cabía otro remedio, había comprendido—demasiado tarde—que tenía ante sí muy terrible adversario, y seguramente estaba arrepentido de haberle provocado. Los golpes del Tchèque, cada uno de los cuales hubiese bastado para matar á un buey, llovían sobre van Krist sin interrupción, ensordeciéndolo y dejándolo derrotado por completo. Por fin, extenuado por el cansancio, con su adarga llena de abolladuras, buscó la salvación en cierta artimaña cuyo secreto poseía. En el momento que su adversario menos lo pensaba, cae tan largo como es bajo sus pies. Este manejo, hábilmente preparado, tuvo éxito por la sencilla razón de que Chlava fué arrojado al suelo al lado de su enemigo. Lucharon breve rato cuerpo á cuerpo, y durante este corto combate van Krist trató de tomar la revancha. Pero una vez más la extraordinaria fuerza física del Tchèque dió en seguida cuenta de la habilidad del escudero de Rogerio. En un abrir y cerrar de ojos se desentiende de los brazos de éste, salta sobre él, lo coge por el cuello, pone sobre su vientre las rodillas y saca la «misericordia» de su cinturón.

—¡Perdona! murmuró van Krist levantando sus ojos hacia los ojos del Tchèque.

Pero éste en vez de responder, se extiende sobre él, y después de haberle cortado la yugular de su casco, hundió por dos veces su «misericordia» en el cuello del escudero.

Entonces los ojos de van Krist se hundieron en su cráneo, sus brazos y piernas se agitaban sobre la nieve, luego su cuerpo se puso rígido y permaneció inmóvil, en tanto que oleadas de sangre brotaban de su boca á través de sus labios hinchados y cubiertos de rojiza espuma.

El Tchèque se levanta tranquilamente, limpia su «misericordia» en los vestidos del alemán, luego recoge el hacha y se va á asistir en calidad de espectador al combate de su caballero con el Teutónico, combate bastante más difícil que aquél del cual él acababa de salir victorioso.

También Zbyszko sobrepujaba á su adversario en fuerza física, en solidez de músculos, pero era más joven y, naturalmente, muy inferior en el manejo de las armas.

Después de cada uno de los golpes de Zbyszko, Rogerio avanzaba su adarga, y en el momento en que su adversario iba á herir de nuevo, la retiraba ligeramente, de modo que se amortiguase la violencia del golpe. Su juego era verdadero arte lleno de primor y elegancia. Ya paraba el golpe, ya atacaba, siempre con calma, pero con tal destreza, que los espectadores apenas podían dominar sus movimientos. Algunas veces ni siquiera presentaba la adarga, sino que, en el mismo momento en que Zbyszko descargaba el golpe, daba media vuelta á la derecha ó á la izquierda y el hacha del joven caballero hendía los aires en lugar de alcanzar á su enemigo... Era evidente que lo que se proponía con

todos estos movimientos era hacer perder el equilibrio á su adversario; si por desgracia éste daba un paso en falso y caía, su pérdida era inevitable...

Pero Zbyszko tenía sólidas piernas, y las separaba de manera que pudiesen sostener todo el peso del cuerpo puesto en movimiento. Tenía también admirable sangre fría para su edad y, aun cuando no sabía dar medias vueltas para evitar los golpes, manejaba bastante bien la adarga, y al alzar el hacha no se descubría. La experiencia y habilidad de su adversario habían aumentado su prudencia, y cada uno de sus movimientos, cada uno de sus golpes, indicaban una reflexión, en vez de darlos á la ligera en el fragor del combate, que era con lo que había contado Rogerio en vista de la extraordinaria juventud del caballero polaco.

Desde los primeros momentos del duelo, el Caballero Teutónico comprendió que se había equivocado en sus apreciaciones. Sabía por su larga experiencia que ciertos hombres, cual las aves de rapiña, han nacido para la lucha: de tal manera los dotó la naturaleza del instinto batallador, que adivinan, digámoslo así, aquello que los demás sólo llegan á conocer tras largos años de ejercicio. Zbyszko era de éstos; Rogerio se persuadió de ello en seguida que el joven caballero descargó los primeros hachazos. Se dió cuenta de que había en él ese no sé qué de salvaje de que está dotado el gavilán; que no se dejaría arrastrar ni por la cólera, ni por el odio; que para aquel jovencuelo, fuerte como el toro y prudente como el lobo, un adversario era más que enemigo; era una presa...

Viendo, pues, que no conseguía rendir á Zbyszko, ni atraparle en el lazo que le tendía con sus vueltas y revueltas, mientras que su brazo empezaba ya á entumecerse bajo su adarga, Rogerio se dió en su interior que la situación se ponía seria y que era menester dar á su adversario un golpe decisivo antes que dejarse vencer por la fatiga. Y decidió continuar el combate con la mayor prudencia, con toda calma, sin cansarse, sin apelar á medios bruscos y arriesgados, esperando ocasión de lanzarse hacia delante y herir de muerte.

... La lucha se prolongaba llenando de ansiedad los corazones polacos. Reinaba en el patio sepulcral silencio, y sólo se oía, ya sordo, ya sonoro, el choque de las armas.

Por fin el Caballero Teutónico, creyendo el momento propicio, lánzase sobre Zbyszko y descarga con todas sus fuerzas tremendo golpe en dirección del brazo izquierdo, que si llega á alcanzarle hubiese sido mortal. Pero Zbyszko lo esperaba, y rechazó el ataque con tal violencia, que el hacha vaciló en manos del alemán, que se vió obligado á amortiguar el golpe so pena de caer. A partir de este momento ya no hizo más que parar, en tanto que Zbyszko, comprendiendo lo fatigado que estaba, empieza á atacarle con verdadera furia, cargándole á fondo, cual tempestad á la que nada resiste.

(Continuará).